

Adolfo Cáceres Romero

LA DIVISIÓN ERRANTE

1879 – 1880

(Novela)

Grupo Editorial



CALAMA, 1879

“La tragedia del 1879 había comenzado meses antes con las provocaciones chilenas y había continuado con la sequía y el hambre en el corazón mismo de la hermosa tierra adentroña. La hambruna iniciada un año antes, prosiguió en la zona cochabambina, el área más afectada del territorio nacional: ‘En las calles y plazas de la ciudad’ --dice José Agustín Morales— se veían hacia el 16 de enero de 1879, ‘agonizantes aquí y muertos allí’; todos de miseria e inanición. Las inhumaciones se contaban de 15 a 20 diarias.”

Ramiro Condarco Morales: “Aniceto Arce”.

Esa mañana de domingo, las campanas no llamaban a misa como de costumbre. Su persistente tañido era una enervante señal de alarma por la presencia de los chilenos que habían surcado las ondas azules del mar --azules las casacas, los rostros, las manos que empuñaban acerados filos--, dispuestos a conquistar el suelo que hollaban, donde el mar salpicaba sus espumosas aguas en las costas que aún eran bolivianas. Azules como el cielo y la ondulante cadena de montañas, como los riscos del acantilado, las accidentadas cuestras por donde sus pies, sus caballos, cañones y carretones trepaban hasta llegar a las colinas y calles de Calama, que pronto se llenarían de gritos y lamentos.

Campanadas de miedo alertaban a los hombres y mujeres de la solitaria Calama, que se despabilaba emergiendo a la cautividad de su destino.

Alerta en el desconcierto de esos pobladores que no sabían cómo defender su suelo, aquel inolvidable 23 de marzo. ¡Oh! Las campanadas que horadaban puertas y ventanas, con trasnochadas voces.

Los chilenos emergían de las tinieblas de su pasado, tremolando su candente pabellón, no con sigilo, como se esperaba.

Luego de haber ocupado los desprevenidos puertos de Antofagasta, Caracoles, Cobija y Tocopilla, aparecieron --reluciendo los galones de sus comandantes-- por el camino a Caracoles. Cegados por su fácil victoria --al no haber encontrado resistencia--, esos ensoberbecidos Atilas lanzaban gritos de júbilo; entonaban loas de gloria, metidos en sus casacas azules; confiados en la buena estrella de su pabellón, descendían por la colina, imprimiendo sus huellas sangrientos presagios. No tenían prisa. Consideraban que ese pueblo ya estaba rendido, como los otros. En sus pisadas crujían los guijarros. Sonreían, al escuchar el tañido de las campanas. Azules, negras, rojas y violetas sus pupilas, paladeaban el jugoso botín de su conquista.

Cerca, cada vez más cerca, una tibia ráfaga de viento recogía el martilleo de las campanas. Por el camino aún se sentía el olor a pan y leña quemada, que salía de los hogares que se vaciaban a las calles hasta alcanzar la plaza.

¡Los chilenos! ¡Los chilenos!, se esparcieron las voces por las calles de Calama. Los badajos continuaban alborotando el bronce. ¡Ay!, trizaban la quietud de esa mañana de domingo. ¿Era la venganza de los recolectores de azufre y estiércol, que se negaban a pagar el tributo de diez centavos?

Las campanas.

¡Oh!, las campanas, surcando el infinito.

El cielo, de límpido azul, se llenaba de rezos y suspiros. El nacimiento de ese crepúsculo se opacaba con la artera presencia de los invasores; trágico domingo ese, otrora tan festejado por los niños en los parques, en las calles y plazuelas con retreta. Ahora, hasta en el atrio del templo de la Merced se anticipaba el duelo. Los calameños no estaban dispuestos a entregarse tan fácilmente como los pobladores de los puertos que esas fuerzas habían ocupado.

Amadeo intentó abrir los ojos, pero cayó de nuevo en la modorra del sueño. Su noche había sido larga y agobiante. Despertó varias veces, con el ladrido de los perros. ¡Los chilenos!, Celia, su madre, ingresó en la pieza, con un bolsón donde metió

la ropa que pudo. ¡De prisa, salgamos de aquí!, gritó, el miedo latiéndole en las sienes; luego se dirigió a la cocina donde su hija recogía los víveres que podrían servirles para el camino. Será un largo viaje, repetía, entrando y saliendo de las piezas mal iluminadas. ¿Y mi papá?, le preguntó Cristina. Ya nos dará alcance, respondió ella, otra vez en busca de Amadeo. ¡Ya, levántate!, gritó su desasosiego; aunque no, más bien era el miedo, siempre el miedo, que salía con un sibilante suspiro, perdiéndose con las campanadas. Amadeo saltó de la cama y se vistió de prisa. ¡Los chilenos! ¡Los chilenos!, por la ventana se filtraban las voces del alborotado vecindario.

Las campanas. ¡Oh, las campanas, esparciendo sus tañidos hacia el cielo sin nubes! Ojalá las escucharan en todo el mundo. Esas campanadas, más que sonos de alerta, eran pregones de angustia y bronca por los huéspedes que pretendían arrebatarles cuanto poseían. Los empresarios y comerciantes chilenos habían llegado esos últimos años, humildes y zalameros al comienzo, y luego, con argucias legales, habían procurado apoderarse de sus bienes. Ahora nadie sabía dónde se habían metido. Simplemente se habían esfumado.

Innumerables voces se despabilaban esa mañana. Duro arranque a un brusco amanecer. El campanero, centinela sin horizonte, sacudía las cuerdas con ambas manos lanzando su desconsolado tañido, esa mañana sin misa, pero con el templo lleno de mujeres, ancianos y niños que rezaban. Así llegó ese aciago 23 de marzo de 1879.

¡Los chilenos ya están cerca!, las puertas de las casas se abrieron a los rayos del sol. Miedo y angustia, los pasos tropezaban con la incertidumbre de no saber a dónde ir ni qué hacer. En muchos rostros la vigilia era señal de una jornada insegura.

Las campanas, ¡ay, las campanas!, de interminable tañido.

En la plaza tropezaban los pasos de una tropa armada más de coraje que de fusiles. El doctor Ladislao Cabrera organizaba la defensa, junto a los pocos militares que obedecían

sus órdenes, inclusive los que acababan de llegar de Cobija y Tocopilla. ¡Todo varón, joven o viejo, póngase en fila!, gritaba. De pronto, salió de entre la multitud un hombre alto y delgado que, decidido a jugarse a vida, se le aproximó. Tenía la cabellera ligeramente encanecida, pobladas cejas, labios y mentón con bigote y barbilla bien cuidados. Había llegado por esos días de San Pedro de Atacama; cargaba al hombro un Winchester y una gastada alforja con proyectiles. Ladislao, ya estoy de vuelta, a tus órdenes, dijo, sonriendo al cuadrarse frente al doctor Cabrera. Por detrás iba su compadre, Anselmo Valladares.

Eduardo, Anselmo, vengan por acá, por favor, les dijo el doctor. Como ya saben, hemos alcanzado a conformar un contingente de 135 hombres, con diferentes armas: 30 rifles de diversos sistemas; 4 escopetas, con 100 tiros cada una. ¡Ah!, y los rifles de los voluntarios de Cobija, con 6 paquetes por plaza; esto es 60 tiros; también contamos con dos cañones. Ustedes estarán con el destacamento apostado en el puente del Topater, que es un paso importante. Claro que también resguardamos los demás puentes, pero el Loa es un río tranquilo con muchos vados. Hemos rechazado las intimidaciones del comandante chileno. Así que estamos en manos de Dios. Ellos deben pasar de 1000. Los dos observadores que envié no han retornado. Si no los han matado, los han debido capturar.

Las campanas continuaban con su incansable pregón.

La curiosidad llevó a Amadeo al inusitado trajín de la plaza, donde vio a su padre, en la fila de los voluntarios. La alarma movía a esos hombres que no sabían qué armas les servirían en ese trance. Dos ancianos, blandiendo unas largas barretas, se pusieron en la fila. Amadeo se acomodó al lado de su padre. Ahora tú eres el hombre de la casa, le dijo éste, cuidarás a tu madre y a tu hermana. Quiero estar contigo, dijo Amadeo, viendo cómo ingresaban los voluntarios llegados de Cobija. ¿Puedo, papá?, admiraba a esos hombres. Sabía que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas; él también lo haría, junto a su padre. No creo que lo apruebe tu madre, le dijo Anselmo; la plaza, animada

de voces, parecía vivir un día por demás agitado; entonces, hasta el llanto de las mujeres enardecía a Amadeo. Papá, por favor, dijo, cuando vio que su madre se les aproximaba. ¡Sal de ahí!, le gritó ella. Pero, mamá, Amadeo se aferró al brazo de su padre. ¡Basta con la sangre de un Valladares!, chilló su madre. Obedece, hijo, le dijo su padre. Amadeo miró la enérgica estatura de ese hombre. Papá, por favor, gimió. Obedece a tu madre, repitió la voz grave del guerrero. Amadeo abandonó la fila, en silencio.

¡Esos hombres no están ahí para jugar!, le dijo Celia, mientras caminaban. Mamá, ya no soy un niño, gimió Amadeo. El aire se impregnaba de voces. ¿Sabes?, ellos van a matar y morir, continuó Celia. ¿Entonces, ya no veré más a mi papá?, los nublados ojos de Amadeo parpadearon para librarse del rabioso llanto que asomaba. El viaje será largo; él podrá alcanzarnos o quedarse, si así lo desea. Amadeo volvió la mirada hacia los defensores de Calama, preguntándose: ¿Si así lo desea? No creo que huya como nosotros. Su padre levantó una mano, en señal de despedida. Al lado estaba su padrino, Eduardo Abaroa, que le sonreía. Amadeo se detuvo, no podía ser ése el adiós. Apúrate, tu hermana nos espera, dijo Celia, con un jadeo asmático en la voz. Amadeo iba a correr hacia su padre, pero prefirió levantar la mano y responder el adiós. Sabía que ambos emprendían un largo e incierto camino. ¡De prisa, muchacho!, gritó su madre, conteniendo unas lágrimas. Se había prometido no llorar, luego de haber discutido esa madrugada con su marido, por la decisión que había tomado de quedarse a defender su pueblo. Al ver las dos mulas que les había conseguido Anselmo, sintió que no les serían de mucha ayuda. Le parecían tan viejas, que no podrían cargar a sus hijos, entonces, les dijo: Pongan en una de las mulas la ropa y las frazadas; en la otra, los alimentos, las vituallas y las cantimploras con agua. Iremos a pie.

Cuando se alejaban de Calama, otras familias también tomaban el camino del exilio. Las que podían lo hacían en carretones. Todas tenían problemas con los contratistas chilenos. Las campanadas parecían acompasar su recorrido. Caminaron juntas, hasta el mediodía, algunas rumbo a San

Pedro de Atacama; otras, a San Cristóbal, a Tupiza, al sur de la Villa Imperial; Celia estaba dispuesta a llegar a Potosí, donde se encontraba su hermana María de la Cruz, que era novicia en el convento de las madres Carmelitas. Las campanas habían enmudecido. Al cabo de un instante, con lejano eco, llegaron a escuchar el estampido de los fusiles. Celia se persignó tres veces.

Para cazar, a uno le basta una flecha o un cuchillo. Pero para enfrentar a otro hombre, armado y dispuesto a arrebatarte la vida, los rifles son los más adecuados, Amadeo recordó las palabras de su padre, pronunciadas cuando cierta vez fueron a cazar en las afueras de Calama. Eres todavía un niño para esas cosas, le había dicho su madre, cuando lo vio salir con la escopeta en el hombro. Amadeo había preguntado a su padre si las escopetas también servían para matar hombres.

¿Escuchas?, Amadeo le preguntó a su hermana que caminaba a su lado, sacudiendo la cabeza. ¿Escuchas?, repitió, mirándola. Cristina no le respondió. Prefería no decir nada; quería olvidar ese trance, aunque sabía que sería imposible. Cerrando los ojos, se mordió los labios, conteniendo el grito que iba a lanzar. Los disparos les llegaban como ahogados bramidos, cada vez más dispersos, cada vez más distantes, apagando las voces de niños y mujeres que imploraban piedad. Una columna de humo se levantaba desde Calama. ¡Ay, Dios mío!, volvió a persignarse Celia.

Al pasar el mediodía, los viajeros se pusieron a descansar entre unas matas de escuálida sombra; comieron galletas y pasas de uva. El desierto de Atacama se extendía más al sur, hacia los riscos donde comenzaba la Cordillera de los Lípez. A lo lejos divisaron una caravana de guaneros; por detrás marchaba una pareja de ancianos, junto a varias mujeres con sus niños. Todos sin saber cuándo retornarían. Celia y sus hijos caminaron un largo trecho, con trapos mojados sobre la cabeza. Los amplios sombreros de paja eran insuficientes para protegerlos del sol. Tenían la impresión de que se desplazaban por una escarchada laguna de tierra donde se hundían sus pies. En las laderas, el

viento había ondulado y esparcido las dunas de arena. Surcos de angustia quedaban detrás de sus pasos. El anochecer los sorprendió junto a unas matas polvorientas; el intenso frío traspasaba los ponchos con los que se habían cubierto. Por acá debe estar Chui Chui, dijo Celia, pero pasaremos la noche aquí. Encendieron una fogata y se acomodaron cerca; acurrucados, juntos los cuerpos, pronto cayeron rendidos por la fatiga. Al día siguiente, Celia despertó agitada. Buscó agua, procurando librarse del jadeo asmático que la agobiaba. No encontró las cantimploras. ¡Amadeo! ¡Cristina!, gritó. El olor de esas matas y del humo le eran insoportables. ¡Mamá, qué tienes!, Cristina se le aproximó. Salgamos de este lugar, no soporto este ambiente, dijo ella con un hilillo de voz. Necesito agua, jadeó, sin poder tenerse en pie. Tengo adormecidos los pies. ¡Amadeo!, gritó Cristina, segura de que su hermano aún dormía. Pero ve tú, hija, le dijo Celia. ¿Y las cantimploras?, Cristina las buscó y no pudo encontrarlas. Levantó la vista. Junto a un bolsón que espejeaba cerca, vio que Amadeo las iba llenando con agua, mientras las mulas también bebían, sedientas.

El muchacho practicaba con su cuchillo, lanzándolo contra unas yaretas.

¡No juegues con eso, todavía no lo vas a necesitar!, exclamó su madre.

El próximo mes voy a cumplir dieciséis, le respondió Amadeo. Necesito afinar mi puntería.

Ya nos marchamos. Ve por más agua, le dijo su madre.

Está bien, pero antes voy a despachar a este chileno, dijo Amadeo, lanzando su navaja una vez más contra la yareta.

¡De prisa, muchacho!

Al cabo de una larga caminata de tres días, la marcha se les hizo pesada. El desierto se extendía como una interminable sábana de tierra salitrosa. A la distancia se divisaba la cordillera de los Frailes, cuyos riscos se extendían como una infranqueable muralla. Mañana empezaremos a trepar, les dijo Celia a sus hijos. Al otro lado debe estar el salar, añadió, sintiendo entre los labios

una fina capa salada. Bebió un sorbo de agua. Se mojó el rostro y quiso hacer lo mismo con sus hijos; el sol les había tizado de rojo la frente y los pómulos. Las cantimploras estaban vacías.

Pónganse vaselina, les dijo.

Pero mamá, son para escaldaduras, protestó Cristina.

También sirve para las quemaduras, le replicó su madre.

Luego de haber caminado dos días más, Celia sintió que erraban con rumbo equivocado. ¡Qué tonta!, miró el croquis que Anselmo le había trazado en una hoja de papel. El sol empezaba a declinar, mientras el frío aumentaba. Las mulas resollaban, sedientas. Dales agua, le ordenó a Amadeo, quien intentó vaciar su cantimplora en un plato. No nos queda nada, dijo. Celia cambió de rumbo, revisando los trazos de Anselmo: Más allá, por la quebrada, debe estar la cumbre de Aucanquilcha, donde podremos encontrar unos bolsones de agua, conjeturó, deteniéndose para contemplar la vastedad de ese horizonte. Miren, ahí está el volcán, señaló aliviada. Amadeo y Cristina admiraron la cresta nevada del Ollagüe, con sus fumarolas y azufreras. Tras de esas montañas debe haber una laguna; según me dijo su padre es hermosa y colorada, añadió la mujer. Entonces, podremos tomar agua y bañarnos, dijo Cristina. No, a menos que desviáramos nuestro rumbo hasta ubicarla. Mamá, por favor, insistió Cristina. No podemos cambiar nuestra ruta, con riesgo de perdernos; además, vaya a saber cuántos kilómetros más nos aumentaríamos, dijo Celia. Más bien, busquemos los bolsones de agua y dónde pasar la noche. Caminaron un trecho sin encontrar ningún bolsón. Ya empezaba a oscurecer y Celia sentía que el plano estaba mal trazado o que había vuelto a equivocarse, cuando, al pie de una quebrada, divisaron una recua de mulas. Eran como veinte o más. A medida que avanzaban, descubrieron que no estaban solas; dos hombres se pusieron de pie, al verlos llegar; junto a ellos se hallaba otro, alto y encorvado, que les pedía den de comer a las mulas. Deben ser arrieros, pensó Celia. Más allá, otros hombres, que parecían

ser mineros, mascaban hojas de coca, disponiéndose a descansar entre los cueros y phullus que habían descargado de un carretón. Patrón, tenemos visita, dijo uno de ellos, dirigiéndose al joven que guardaba unos papeles en su alforja. Por ahí cerca, unas bolsas de bismuto, marcadas con las iniciales de la familia Aramayo, esparcían su inconfundible olor metálico. No bien el joven descubrió a los recién llegados: Bien venidos, les dijo y, al ver que la mujer y sus hijos se mostraban fatigados y friolentos: Si gustan, pueden pasar la noche con nosotros, añadió. Ese joven era Carlos Víctor Aramayo, hijo de don Félix Avelino, un conocido industrial minero.

Gracias, balbuceó Celia, ¿tienen agua?

Claro, tomen la que quieran, les señaló un tonel de madera.

Celia y sus hijos bebieron hasta saciarse, sin olvidarse de las mulas. Amadeo admiraba la fortaleza de los hombres que habían descargado las bolsas. Pensó que también podrían ser buenos guerreros. En tanto Celia advertía, al escuchar sus conversaciones, que esos hombres habían hecho esa travesía muchas veces, quizá siempre rumbo al puerto de Cobija, donde al parecer se dirigían. Retornamos a Cotagaita, le dijo el joven, con nuestro mismo cargamento; los chilenos se han apoderado de todos los puertos.

Nosotros somos de Calama, vamos a Potosí, dijo Celia.

Calama. ¡Ay, mi añorada Calama!, exclamó el joven Aramayo. Mi novia es calameña.

¿Sí? ¿Y cómo se llama?

Cecilia Alfaro.

Creo que la conozco, debe ser la hija de don Nicolás Alfaro.

No, es su sobrina. Ahora vive en Potosí.

¡Ah!, debe ser hija de su hermano Antonio.

Así es señora.

Esta mañana llegaron los chilenos, comentó Cristina.

Sí, estuvimos por ahí cerca, cuando nos dirigíamos a Cobija.

Aquí, en el desierto, las noches son frías, se les aproximó el capataz, entregándoles unas frazadas de tejido aimara, esto les abrigará.

Gracias, muchas gracias, sonrió Celia.

No podemos encender fogatas, debemos resguardar nuestra carga, agregó el joven Aramayo. Los campesinos nos dijeron que los chilenos andaban cerca.

Al día siguiente, muy temprano, la caravana se puso en marcha, rumbo a Cotagaita. El joven Aramayo le había dicho a Celia que ellos podían ir en uno de los carros, donde transportaban víveres, herramientas y utensilios de cocina. Bordearon el inmenso salar que se extendía como una blanca pradera que espejeaba el cielo con enormes charcos de agua. Había caído una imprevista tormenta por esa zona. Ahí cerca, el volcán Ollagüe se les mostró con toda su majestuosidad; su corona nevada lanzaba al aire una fulgurante fumarola. Es inconmensurable la riqueza que guardan estas tierras, dijo el joven Aramayo; de ahí que no sería extraño que los chilenos hubieran incursionado por estos lados. Amadeo, que lo escuchaba con atención, pensó que debía haberse quedado al lado de su padre, para impedir su paso.

Lentamente atravesaron por el valle de las rocas. Ascendieron por un serpenteante y estrecho camino hacia una cumbre brumosa. Cuánta hermosura descubrían en esa meseta de coloridas montañas que parecían haber sido lavadas con agua del cielo. A lo lejos, muchas de ellas se hallaban cubiertas de nieve. Cuando llegaron a Quechisla, ahí se quedaron los mineros, junto con las mulas y su cargamento. El joven Aramayo continuó la marcha hacia Cotagaita, en compañía de su capataz. En el trayecto le había explicado a Celia cómo debía continuar su viaje a Potosí, para evitarse contratiempos. En Cotagaita se enteraron de que el Gobierno había llamado a reclutamiento. Todos hablaban sobre la creación de la Quinta División. Tanto Cotagaita como Tupiza, recibían a los reclutas; desde luego que la mayoría se concentraba en Potosí. Fue así cómo Amadeo decidió incorporarse a esa División. ¡Qué! ¿Alistarte?, exclamó Celia.

Mamá, por favor no me obligues a desobedecerte, le dijo Amadeo.

Celia, finalmente, pensando ganar tiempo para disuadir a su hijo de esa idea, le pidió que lo hiciera en Potosí, donde, según sabía, acudían tanto los hijos de los hacendados como de los grandes mineros y políticos, usando todo tipo de transporte. El Presidente Daza había ordenado que se facilitara el desplazamiento de los voluntarios, con el propósito de organizar una fuerza poderosa, al mando del General Narciso Campero. Su misión consistía en recuperar Calama y luego los puertos bolivianos que se hallaban cautivos. Tal llamamiento había movilizado a una enorme cantidad de jóvenes, especialmente procedentes de Tarija, Potosí y Chuquisaca. Amadeo, extrañado por la disposición que de pronto mostraba su madre, no dudaba en reclutarse apenas llegaran a Potosí. Vendieron las mulas y se acomodaron en uno de los carretones que transportaba a los voluntarios. Hombres y mujeres, especialmente jóvenes, acudían, procedentes inclusive de los villorrios más apartados de la región. Decían que, desde su retiro, en su solar de Tarija, el General Campero acudió al llamado del Presidente Daza, a pesar de la rivalidad existente entre ambos militares, desde la época de Melgarejo. Otros comentaban que tanto los empresarios como los intelectuales desconfiaban de Campero.

Adolfo Cáceres logra en estas páginas entrelazar la historia y la ficción en un fresco literario que recorre una parte crucial de la Guerra del Pacífico. Desde el lánguido amanecer de Amadeo en Calama en las vísperas de la epopeya de Abaroa hasta su amarga llegada a Oruro más de un año después, con el país privado de su vínculo soberano con el mar, el joven héroe será a la vez testigo y protagonista. A través de su peripecia de vida, del descubrimiento de una verdad increíble y del desgarrador camino a la madurez en la guerra y en la dramática vida de su familia, seguimos el inexplicable camino de la tristemente célebre “División Errante” al mando del Gral Narciso Campero.

Cáceres es riguroso en sus fuentes documentales que nos permiten asistir vívidamente a episodios como los de Tambillos y Canchas Blancas, apenas mencionados por la historia, a la descarnada trama política que cambió el destino de la guerra, a la conspiración y las alianzas subterráneas cuyo desenlace tiene no poco de drama policial y de suspenso y, finalmente, a la dramática realidad de la derrota militar en los campos de San Francisco.

Una novela intensa sobre un momento definitivo de la historia boliviana.

Carlos D. Mesa Gisbert

ISBN: 978-99974-66-56-3



9 789997 466563